

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 17 DE MAYO DE 1931

NUM. 20



LA DERECHA O LA IZQUIERDA

LA DERECHA O LA IZQUIERDA

—

—Aquí tengo dos hermosas manzanas. Dime Consuelito ¿cuál de las dos eliges? ¿La de la derecha o la de la izquierda?

—¡Ay, Amparito, en qué apuro me pones! Mira, lo mejor es que me des las dos, y así no me equivoco. ¡Qué bien me iba a saber las dos manzanas, a mí que tanto me gustan!

—¡Anda! qué avariciosa eres hermanita! Tú bromeas; es decir, que tú te comes las dos manzanas, y yo te miro cómo te las comes. ¡Ay qué gracia! Nó, nó, eso no puede ser. La una es para tí, la otra para mí. Elige la que quieras.



SALVADO DE LA GARRA DEL LEÓN

—

Uno de los misioneros más intrépidos que han recorrido grandes extensiones del Africa Central para llevar a los negros el Evangelio de Cristo fué el escocés Arnot.

El mismo ha contado una aventura que corrió cuando viajaba con algunos jóvenes negros a quienes había rescatado de la esclavitud.

Una noche la pequeña caravana fué inquietada por tres leones que rondaban aquellos contornos.

Por la mañana, en el momento en que se ponían en marcha, resonó a un lado de la compañía el rugido de una de las fieras. Arnot, que marchaba a la cabeza, vió un león que surgía de repente entre las altas hierbas y se preparaba a lanzarse sobre el muchacho que cerraba la marcha.

Apenas tuve tiempo—cuenta el misionero—de dar un salto atrás y colocarme

entre el muchacho y el león. Este, sorprendido sin duda de mi súbita aparición, tomó una carrera demasiado corta y nos encontramos así frente a frente y tan cerca el uno del otro que yo no podía hacer uso de mi fusil. Mi compañero y los tres jóvenes huyeron con la rapidez de antílopes, de modo que yo quedé solo en aquel bosque de cañas cara a cara con mi regio visitante.

Por un momento sentí alguna inquietud acerca del resultado de la entrevista. El animal me lanzaba miradas ardientes, rugiendo y preparándose a cada instante para arrojarse sobre mí. Lo hubiera hecho sin duda, si no se hubiera encontrado fascinado por mi mirada, porque yo mantenía los ojos fijos en él, entanto cargaba mi fusil. De pronto, perdió valor: ocultando sus enormes colmillos bajo los labios cerrados y bajando el rabo, dió súbitamente media vuelta y se alejó. Me lancé en su persecución pero había desaparecido entre las cañas.

Después del suceso oí a los muchachos negros que decían el uno al otro: «He aquí un blanco con el cual es bueno viajar; se arroja delante de un león para salvar a un infeliz negro.»

¡Qué seguridad, efectivamente, para los negros caminar bajo la dirección de tal guardián! No eran más que pobres infelices negros, pero habían encontrado alguien que tuviera compasión de ellos, que los rescatara y que no vacilara en sacrificar su vida por ellos. Arnot atendía a todo: los conducía, los alimentaba, los protegía y, sobre todo, los amaba.

Y he aquí, lo que, en una medida muy diferente, pero de una manera semejante,

es Jesús para aquellos que se confían a El
de todo corazón.



EL PEQUEÑO MEDICO

Ríe, madrecita, ríe,
yo no quiero verte seria.
Antes, tu boca de risa
era dulce, dulce y fresca
y ahora me amargan, marchitos,
tus labios cuando me besan.

Ayer, la chacha, muy triste,
me dijo que estás enferma,
y que, como fuera malo,
tú nunca te pondrás buena.

Madre, yo malo no soy;
la mala es ella:

Ella, que sale corriendo
y llama, cuando te quejas,
al hombre aquel de las gafas
que vive en la casa nueva
y que, muy alto y muy serio,
siempre que en tu alcoba entra,
con sus dedos amarillos
te sujeta las muñecas,
y en un papelito blanco
escribe unas rayas negras:

Ella, que con el papel
en seguida va a una tienda,
—la tienda de los cacharros
manchados con grandes letras—
y trae una cosa amarga
para que tú te la bebas.

Madre, ¿quieres que tu niño
te ponga en seguida buena?

Que no venga más el hombre
que te agarra la muñeca,
ni la chacha te dé más
esa bebida tan fea.

Yo te traeré del campo
flores para que las huelas;
un manojo de amapolas.

de las más rojas que vea,
espantarán de tu cara
su triste color de cera:

Te traeré por la noche
el rocío de la yerba,
para que tus labios secos
se alegren cuando lo bebas:

Y te traeré en las manos,
apretado contra ellas,
y con mucho cuidadito
para que no se me pierda,
un puñadito de sol,
de un sol que brilla y no quema,
para que eche de tus ojos
la tristeza...

Madre, madrecita mía,
¿quieres que te ponga buena?

J. RODRIGUEZ MATEO.



EFECTOS DE LA INDOLENCIA

Conclusión.

Entonces hubo un rato de burla. Salió la cocinera, vió a Lolita y lanzó una carcajada; acudió Anselmo el hortelano, la doncella a quien Lolita había mojado el vestido; ¡qué más! hasta el chico que iba a vender las hortalizas a Valencia mezcló sus risas con la doncella y la cocinera, y todos se retiraban diciendo:

—¿Pero ha visto usted qué mala? ¿ha visto usted señor Anselmo?

—Sí, y con su carita tan mona que parece Nuestra Señora de los Desamparados.

—¿De quién era el bordado?

—De la señorita Modesta.

Todos fueron desapareciendo; a Lolita se le cansaban ya los brazos, y como del bastidor caía aún tinta, se le puso la cara como un mapa.

Estuvo así medio cuarto de hora hasta que salió Modesta de la casa, la quitó el bastidor y limpió con su pañuelo la hermosa cara de su hermana, llena de manchas de tinta y de lágrimas.

Modesta, por hacerlo mejor, lo hizo peor; pues fué corriendo la tinta hasta que oscureció el lindo rostro de Lolita; trabajó lo que pudo por contener la risa y mandó a la doncella, trajese una jofaina de agua para que se lavara su hermana.

La muchacha volvió con lo que se le había pedido, y no soltó la carcajada por respeto a Modesta que estaba delante.

Esta lavó la cara a Lolita, la cogió por la mano y la llevó sin decirle palabra a la habitación de su madre.

Lolita la vió que estaba sentada buscando unas sedas para ver si podía remediar el mal que había hecho su hija. Esta corrió hacia su madre, se arrodilló y la tomó una mano. Su madre la levantó y sentó sobre sus rodillas.

Lolita comenzó a sollozar, diciendo:

—Ya no lo volveré a hacer más, y no pudo decir otra palabra. Los sollozos no la dejaban continuar.

—Te perdono, hija mía, te perdono—dijo la madre estampando una porción de besos y de lágrimas en la ruborizada frente de su hija, que enlazó sus bracitos al rededor de su cuello y ocultó su rubia cabecita en el seno maternal.

A la vista de tan tierna escena, Modesta se limpiaba los ojos con la punta de su delantal.

Lolita se separó de su madre y fué a abrazar a Modesta diciéndola:

—¿Me perdonas tú también, hermana mía?

—También, también te perdono; el borrrón de mi bordado servirá para hacerte laboriosa y buena.

—Hijas mías—dijo su madre—comenzad otra vez el almohadón y yo os ayudaré y le daremos una sorpresa a papá.

—Si, sí, dijeron las niñas a un tiempo.

El almohadón se concluyó en pocos días; la madre de Modesta y Lolita eran muy hábiles en esta especie de bordado.

Y cuando en las noches de invierno Modesta y Lolita trabajaban alrededor de la chimenea, ésta última prendía alguna vez la aguja en su labor y acercándose a su madre para darla un abrazo, le decía:

—¿En qué consiste, mamá, que mis mejillas están frescas, que usted no me regaña y que Angela y Manuela no se ríen de mí? ¿En qué consiste, mamá?

—Eso consiste, hija mía—decía su madre sellando con sus labios la sonrosada boca de Lolita, en que antes pasabas los días en una completa indolencia, y ahora los empleas en cosas útiles; por eso no estás enferma y eres tan feliz.

—¿Y a quién se lo debo?

—A aquella—contestaba señalando a Modesta que sonreía con dulzura.—No olvides nunca, mi querida hija, que lo debes todo a tu hermana, y ten bien presente este adagio: *la ociosidad es madre de todos los vicios.*

A lo cual contestaba Lolita, volviendo a tomar la aguja, no sin haber dado un beso a Modesta.

—No lo olvidaré, mamá.

Entonces la madre levantaba dulcemente los ojos al cielo y daba gracias a Dios porque había corregido a su hija.